

Necesidad contra codicia

JEFFREY D. SACHS

Profesor de Economía y director del Earth Institute de la Universidad de Columbia. También es Asesor Especial del Secretario General de las Naciones Unidas sobre las Metas de Desarrollo del Milenio.

NEGOCIOS - 06-03-2011

El gran líder moral de India Mohandas Gandhi dijo la famosa frase de que hay suficiente en la Tierra para las necesidades de todos, pero no suficiente para satisfacer la avaricia de todos. Hoy la visión de Gandhi se está poniendo a prueba como nunca antes.

El mundo está alcanzando límites globales en su uso de los recursos. Estamos sintiendo los golpes cada día en forma de inundaciones, sequías y tormentas catastróficas y en el consiguiente aumento de los precios en el mercado. Nuestro destino depende ahora de si cooperamos o somos víctimas de una codicia autodestructiva.

Los límites a la economía mundial son nuevos y se derivan del tamaño sin precedentes de la población mundial y la expansión nunca antes vista del crecimiento económico en casi todo el planeta. Actualmente 7.000 millones de personas habitan la Tierra, en comparación con solo 3.000 millones hace medio siglo. Hoy en día, el promedio de ingreso per cápita es de 10.000 dólares; pero en el mundo desarrollado es de alrededor de 40.000 dólares y de unos 4.000 dólares en los países en desarrollo. Eso significa que la economía mundial está produciendo alrededor de 70 billones de dólares por año, en comparación con alrededor de 10 billones de dólares en 1960.

La economía de China está creciendo en torno al 10% anual. India está creciendo casi a la misma velocidad. África, por largo tiempo la región de crecimiento más lento del mundo, muestra ahora un promedio de crecimiento de aproximadamente el 5% del PIB anual. En general, los países en desarrollo están creciendo en torno al 7% anual y las economías desarrolladas en torno al 2%, lo que da un promedio mundial de alrededor del 4,5%.

Esta es una muy buena noticia en muchos aspectos. El rápido crecimiento económico en los países en desarrollo está ayudando a aliviar la pobreza. En China, por ejemplo, la pobreza extrema se ha reducido de más de la mitad de la población hace 30 años a alrededor del 10% o menos en la actualidad.

Sin embargo, hay otra cara de la historia de crecimiento global que debemos entender con claridad. La economía mundial crece a un 4,5% por año y, a ese ritmo, se encamina a duplicar su tamaño en menos de 20 años. La economía mundial actual de 70 billones de dólares llegará a los 140 billones de dólares antes de 2030 y a los 280 billones de dólares antes de 2050 si extrapolamos a partir de la tasa de crecimiento actual.

Nuestro planeta no podrá sustentar físicamente este crecimiento económico exponencial si dejamos que la codicia tome la delantera. Incluso hoy, el peso de la economía mundial ya está aplastando la naturaleza, agotando rápidamente los suministros de recursos energéticos de combustibles fósiles creados hace millones de años, mientras que el cambio climático resultante ha conducido a una gran inestabilidad en función de precipitaciones, temperatura y tormentas extremas.

Vemos estas presiones todos los días en el mercado. Los precios del petróleo han subido a más de 100 dólares por barril, a medida que China, India y otros países importadores de petróleo se unen a Estados Unidos en una lucha masiva por comprar suministros, especialmente de Oriente Próximo. También los precios de los alimentos se encuentran en máximos históricos, lo que contribuye a la pobreza y la inestabilidad política.

Por un lado, hay más bocas que alimentar, y con mayor poder adquisitivo en promedio. Por otro lado, las olas de calor, sequías, inundaciones y otros desastres provocados por el cambio climático están destruyendo cultivos y reduciendo la oferta de cereales en los mercados mundiales. En los últimos meses, las regiones productoras de cereales de Rusia y Ucrania se han visto afectadas por graves sequías, y enormes inundaciones han afectado a Brasil y Australia. Otra sequía amenaza la zona productora de cereales en el norte de China.

Hay algo más, muy peligroso y que no se advierte con facilidad. En muchas áreas populosas del mundo, incluidas las regiones productoras de cereales del norte de India, del norte de China y del Medio Oeste estadounidense, los agricultores están recurriendo a aguas subterráneas para el riego de sus cultivos. Los grandes acuíferos que abastecen de agua para el riego se están agotando. En algunos lugares de India, el nivel freático ha descendido varios metros al año en los últimos años. Algunos pozos profundos se están acercando al punto de agotamiento y se prevé un aumento de la salinidad a medida que el agua del océano se infiltre en el acuífero.

El desastre es inevitable, a menos que cambiemos. Y aquí es donde Gandhi entra en juego. Si nuestras sociedades se rigen por el principio de la avaricia, con los ricos haciendo todo lo posible para enriquecerse aún más, la creciente crisis de recursos producirá una brecha cada vez mayor entre ricos y pobres, y muy posiblemente a una lucha cada vez más violenta por la supervivencia.

Los ricos intentarán utilizar su poder para obtener más tierras, agua y energía para sí mismos, y muchos de ellos apoyarán medios violentos para hacerlo, si es necesario. Estados Unidos ya ha seguido una estrategia de militarización en Oriente Próximo con la ingenua esperanza de que este enfoque pueda garantizar un abastecimiento seguro de energía. Ahora se intensifica la competencia por los suministros, a medida que China, India y otros países compiten por los mismos recursos que, además, se están agotando.

Una toma de poder similar se intentó en África. El aumento de los precios de los alimentos está llevando a la apropiación de tierras, a medida que políticos poderosos venden a inversionistas extranjeros grandes extensiones de tierras de cultivo, dejando de lado los derechos tradicionales de tierras de los pequeños agricultores pobres. Los inversionistas extranjeros esperan utilizar grandes explotaciones mecanizadas para generar productos destinados a la exportación, dejando poco o nada para las poblaciones locales.

En los países de mayor peso -Estados Unidos, Reino Unido, China, India y otros- los ricos han disfrutado de cada vez más altos ingresos y un creciente poder político. La economía de Estados Unidos es rehén de los multimillonarios, la industria petrolera y otros sectores clave. Las mismas tendencias amenazan a las economías emergentes, donde la riqueza y la corrupción van en aumento.

Si la codicia prevalece, el motor del crecimiento económico agotará nuestros recursos, marginará a los pobres y nos llevará a una profunda crisis social, política y económica. La alternativa es un camino de cooperación política y social, a escala nacional e internacional. Habrá recursos suficientes y prosperidad para todos si convertimos nuestras economías para que hagan uso de fuentes de energía renovables, prácticas agrícolas sostenibles y un régimen tributario razonable para los ricos. Este es el camino a la prosperidad para todos a través de tecnologías mejoradas, justicia política y conciencia ética. –

La decadencia de 'Occidente'

JORGE VOLPI

EL PAÍS - Opinión - 06-03-2011

Confieso como mexicano -como occidental excéntrico, en palabras de Octavio Paz- que cada vez me siento más incómodo frente a la palabra *Occidente*. Durante mi infancia, a la sombra del régimen autoritario del PRI, este término evocaba nuestras mayores aspiraciones: la democracia, los derechos humanos, el libre mercado, la pluralidad de opiniones y la libertad de expresión. La caída del muro de Berlín pareció anunciar un mundo que se dirigía hacia la expansión de estas promesas. Pero el sueño libertario comenzó a resquebrajarse el 11-S: el atentado contra las Torres Gemelas -y, según se dijo, contra "nuestros valores"- cumplió en buena medida su objetivo: demoler poco a poco, como un lento virus, las convicciones que, desde las revoluciones francesa y estadounidense, habían animado a esta parte del mundo. *La decadencia de Occidente*, el provocador título usado por Oswald Spengler en 1918, resulta idóneo para describir el estado en que se encuentra en nuestros días.

La revuelta en el mundo árabe, un fenómeno de oposición interna al autoritarismo semejante a la ocurrida en el antiguo imperio soviético en 1989, ha servido para poner en evidencia la profunda crisis -y la grotesca hipocresía- que prevalece en *Occidente*. En un supuesto alarde de altruismo, que en realidad escondía un atávico anhelo de venganza, Estados Unidos y sus aliados, con la tímida oposición de la *Vieja Europa*, se lanzaron a invadir Afganistán e Irak con el pretexto de extender la democracia: a la fecha, ambas empresas han demostrado su fracaso. En cambio, cuando las propias sociedades árabes han decidido levantarse contra los tiranos que las gobiernan durante décadas, con la complicidad o el apoyo irrestricto de *Occidente*, Estados Unidos y Europa se quedan pasmados, incapaces de ofrecer una respuesta generosa a los deseos libertarios de los ciudadanos de estos países.

La reacción timorata de *Occidente* es vergonzosa: las masas mayoritariamente jóvenes que plantan cara a estos regímenes, en ocasiones a riesgo de sus vidas -como en Libia-, representan hoy los auténticos valores occidentales mucho mejor que esos políticos que, en todo el espectro político de Europa y Estados Unidos -izquierda y derecha apenas se diferencian-, no hacen sino mostrarse "preocupados por los acontecimientos" o pedir, casi en voz baja, sanciones contra los tiranos que hasta hace poco exhibían en sus capitales. Obsesionados con la alarma islamista -el pánico sembrado conjuntamente por Al Qaeda y la Administración de Bush- o, peor aún, con la inmigración ilegal a sus naciones en crisis, los políticos de *Occidente* no dudaron en sostener a los dictadores que prometían colaborar en la guerra contra el terrorismo (pretexto ideal para la represión) o que diluían su apoyo a la causa palestina. ¡Qué cortedad de miras y qué burda renuncia a su tradición democrática!

Francia constituye, en estos días, el peor ejemplo: las vacaciones de su primer ministro y su ministra de Asuntos Exteriores en Túnez y Egipto, a cuenta de los sátrapas, deberían desmontar su pretensión de dar lecciones de derechos humanos a diestra y siniestra. Pero ni siquiera el régimen demócrata de Estados Unidos ha sabido hallar una estrategia adecuada. El discurso de Barack Obama en El Cairo, en junio de 2009, encuentra así cierto paralelo con el de Mijaíl Gorbachov en Berlín en 1989: la promesa del diálogo y no intervención despertó a los ciudadanos oprimidos. Pero ahora Obama permanece atrapado entre su idealismo y los intereses comerciales y políticos de la *nomenklatura* que lo rodea. Acosado por doquier, como Gorbachov en su momento, modera su apoyo a las revueltas ante la posibilidad de que los nuevos regímenes democráticos en el mundo árabe no apoyen con tanto entusiasmo la represión violenta contra el islamismo o no mantengan su forzada connivencia con Israel.

Con un cinismo apenas velado, los países europeos no dejan de señalar que sus verdaderas preocupaciones son económicas -el petróleo de Libia, el canal de Suez- o que temen verse inundados por nuevas oleadas de inmigrantes. Nadie sugiere una intervención humanitaria en Libia y las sanciones comerciales -que con Sadam Husein o Ahmadineyad nadie ponía en

duda- resultan tardías o simbólicas. Ni un solo líder europeo ha alzado la voz con la energía suficiente para proclamar que el futuro de la democracia se encuentra allí, en las plazas llenas de manifestantes de Túnez, Egipto, Libia, Bahrein, Yemen o Marruecos.

Qué lamentable luce *Occidente*: paralizado por sus propios miedos -sobre todo, de nuevo, el miedo al otro- u obsesionado con su propia situación financiera, es una caricatura de sí mismo. Pero la historia es implacable y, si sus líderes continúan en esta tónica, habrá de costarles caro. Democracias plurales, donde tenga cabida el islamismo moderado -en efecto, como el turco- es el mejor escenario para todos.

Excepto, claro, para quienes prefieren negociar con dueños de países en vez de con sociedades abiertas. ¿Quién iba a decirlo? Lo mejor de Occidente está hoy en eso que, con la misma imprecisión geográfica, hoy llamamos Oriente Próximo.